

moso sobre la tierra, ¿qué será mañana, cuando veremos tantos pabellones eternos!»

Los más afortunados se refugiaban á los escollos y á las islas de las costas de Sain'onge, é iban á través de las tempestades y desafiando la muerte, á llevar la palabra evangélica á sus correligionarios.

Palissy, que se alimentaba con sus doctrinas, describe con admiración su celo é intrepidez.

«Aquellos ancianos—dice—no llevaban espada en su cintura, sinoun solo baston sencillo en su mano, é iban así solos y sin temor, segun la palabra del Maestro: «Anunciaréis mi ley al ir, al venir, al comer, al beber, acostados, levantados, sentados al »borde de los caminos.» Llevaban su alimento en su camisa, porque habia pocos ricos en nuestra congregacion y no teníamos con qué pagar su salario.»

«Los pintores, relojeros, dibujantes, carpinteros, libreros, impresores,—dice un autor católico de aquel tiempo,—y todos los demas que en sus humildes oficios tienen, sin embargo, algun ejercicio de espíritu, fueron los primeros en adoptar las ideas nuevas.»

El alma poética y musical de Palissy estaba muy seducida por la poesia y por el canto de los Salmos que los predicadores enseñaban al pueblo de los campos. «Al escucharlos—dice—me parecia estar paseando á lo largo de las arboledas de hayas y de fresnos que ocultan el cauce de las aguas de los arroyos, y que oia murmurar las aguas del que corría al pié de las mismas arboledas, y por otra parte oia la voz de los pajaritos que estaban en las ramas, y me acordaba del salmo 104, sobre cuyo plan habia dibujado un jardin, y en el que el Pro-

feta dice que «los arroyos pasan y murmuran por »los valles;» y más adelante, «que los pájaros hacen »resonar su voz sobre los arbustos plantados en el »borde de las aguas corrientes.» Me parecia además oír la voz de muchas vírgenes que guardaban sus rebaños, y de los pastores que tocaban melodiosamente sus flautas.»

Pero en seguida describe la persecucion religiosa y política que disipa aquellos rebaños. «Me retiré secretamente á mi casa—dice—por no ver las matanzas, las apostasias, los saqueos de las ciudades y campos; pero en dos meses que estuve en ella, creí que el infierno se habia desbordado y que todos los demonios habian salido de él para asolar la tierra. Desde mi casa veia á los soldados corriendo por las calles, con la espada desnuda, gritando: «¿En dónde están?...» Hasta los niños se reian en una plaza que yo veia desde la casa en que trabajaba en mi oficio de alfarero; imitaban las blasfemias, las batallas y las matanzas de los hombres. A veces sentia deseos de tomar venganza; pero recibia en mi corazon el salmo de misericordia.»

## VII.

Palissy regresó á Paris huyendo de aquellos espectáculos: su genio le preservó de la matanza del San Bartolomé, y tal vez tambien la humildad de su condicion y la dulzura de su carácter. Juan Goujon, el Miguel Angel de la Francia, más envidiado porque era más célebre, fué atacado sobre su andamio de escultor, trabajando en las cariátides del Louvre; cayó con su cincel en la mano al pié de la estatua á que daba su vida. Las protecciones de la corte



salvaron á Palissy: ocupó sus ocios primeramente, y más adelante su cautividad, en escribir sobre su arte, sobre su alma y su fe, las cosas extrañas en la mano de un obrero que hemos citado de él. El estilo se engrandecía en él con la experiencia y los años. No reconocemos ninguno en francés más bíblico y más moderno al mismo tiempo. Se sienten en él los primeros hervores de un manantial que va á romper: de una lengua que se modela sobre el alma, y no sobre la antigüedad. Los ignorantes son los que erean los idiomas; los sabios no hacen más que exhumarlos.

El principal libro de Palissy en su edad madura, es una coleccion de meditaciones filosóficas, religiosas, artísticas, y sobre todo agrícolas, que titula su *Jardin*. Es el Salomón de los obreros, descansando á la luz del sol poniente de su penosa y santa vida, recordando las cosas de la naturaleza, del arte y del alma que han dejado huella en su imaginacion y su corazon mientras ha hecho su peregrinacion terrestre. Se conoce en él al trabajador, al fabricante de ladrillos, y al fabricante de sueños; se conoce sobre todo al adorador del Supremo obrero. El amor de la naturaleza le da la inteligencia de la naturaleza, y la inteligencia de la naturaleza le revela las leyes, las fuerzas, las gracias de la creacion.

Se imagina que para ponerle al abrigo de las persecuciones y de las guerras civiles de su tiempo, Dios le ha permitido construirse un jardín inaccesible á los ruidos, á los trastornos, á los estragos del mundo; una especie de Eden, de que es el Adán: sueña que despues de haber dibujado, plantado y sembrado este asilo, da á la sombra de sus verjeles y al borde de sus fuentes lecciones de cultura, de sabiduria, de piedad y de felicidad á los hombres.

Se pintaba á sí mismo estas imágenes de felicidad y de reposo dentro de los muros de la Bastilla de París, en la que el mariscal de Montmorency y sus otros protectores del partido opuesto le tenían encerrado para su seguridad y para obligarle á convertirse.

Como el mismo Criador hizo con su obra, Palissy derrama su alma en toda creacion imaginaria, y convida á todos los animales vivientes é inteligentes á la habitacion y á la felicidad del hombre. Asocia á ella hasta las plantas, que pinta como susceptibles de cierto grado incompleto de inteligencia y amor.

«Sobre las paredes de las cavernas de mis rocas,—dice, pensando en los objetos que ha reproducido tantas veces en sus composiciones de arcilla y esmalte,—muchas especies de hierbas y de musgos, y por debajo muchos lagartos é insectos, que recorrerán las rocas, unos hácia arriba, otros á traves, otros hácia bajo, haciendo gestos y contorsiones, y todos ellos estarán esculpidos y coloreados con tanta verdad, que los otros insectos, lagartos y culebras naturales irán muchas veces á admirarlos, como tú sabes que hay un perro esculpido en mi obrador de alfarero, contra el cual se han puesto á ladrar muchos perros creyéndole vivo: y desde la roca saltarán varios arroyos de agua que caen en el estanque, en el que habrá pescados naturales, ranas y tortugas. Y sobre esta gruta, abierta por arriba para que reciba la luz del cielo, plantaré en forma de cornisa arbustos cuyos frutos sean sustento para los pájaros, para que éstos acudan á ellos, y los que paseen por allí tengan el placer de oír las cancioncitas de dichos pájaros. Habrá dos razones para que los pájaros digan sus canciones en aquel sitio. La primera es el sol, que desde la ma-



drugada lanzará sus rayos sobre los arbustos: la segunda es que los pajaritos encontrarán siempre algo que comer sobre las ramas. Para acostumbrarlos más á que vayan á mi jardín, esparciré en tiempo de invierno granos sobre la tierra, para que encuentren qué comer cuando la estación haya dejado estériles los árboles.

»Y los que se paseen por aquellas galerías, y se apoyen sobre la barandilla para contemplar, tendrán los arbustos y los pajarillos sobre su cabeza; y queriendo ver la hermosura del jardín y lo que en él sucede, percibirán el olor de las violetas, jazmines y otras hierbas abrigadas por las rocas de los frentes del Norte y del Oeste. Aquellas montañas expuestas al Mediodía y al Levante, calentadas todo el día por el sol, darán por la noche su calor á las plantas, hierbas y árboles, y sus frutos serán más sabrosos y de mejor gusto... Además, las que quieran humedad, serán plantadas á lo largo de los arroyitos, que saldrán de las rocas y montañas, y los arroyitos harán, andando, un arroyo grande; ciertas circulaciones formarán islas propias para alimentar hierbas acuáticas, y para regarlas abriré una hendidura en muchos troncos, que se unirán uno á otro, y presentaré su extremo en las caídas de las rocas, y los sostendré sobre horquillas de madera plantadas en tierra, que conducirán mis canalitos á todos los sitios que se quieran regar. Y para que el pie de los hombres no pisotee y eche á perder las hierbas, entre la roca y las plantas, á que conduciré el agua, mis acueductos de madera estarán llenos de agujeritos, que lloverán como un rocío perpétuo sobre las hierbas.»

Después de una larga y cariñosa descripción de sus montañas, cavernas, rocas, jardines y vergeles,

entremezclada con reflexiones maravillosamente piadosas y de éxtasis del alma hácia Dios, exclama..

«Al retirarme de los trabajos de esta tierra no habré encontrado en este mundo otro deleite que el de construir y cultivar mi jardín; así como desde hace mucho tiempo no he hecho más que soñar en su construcción... La semana pasada, estando dormido sobre mi lecho, me pareció que mi jardín estaba ya formado como ya he dicho, y que ya empezaba á comer sus frutos; y me parecía que al pasar por la mañana por dicho jardín, contemplaba las maravillosas cosas que el soberano Maestro ha empezado á hacer.»

De aquí Palissy pasa á consideraciones más sobrenaturales, pero más verdaderas, sobre las leyes morales de toda la creación, visibles para un genio religioso y filosófico en las leyes físicas de la vegetación y del mundo animal. Da expansión á su caridad hácia los animales, presta su inteligencia á los vegetales, á las mismas rocas, á las fuentes, al Océano; fraterniza en su alma con el alma universal, cuyos actos ve, cuya sensibilidad siente, cuya voz oye en toda la naturaleza.

«Ninguna naturaleza—dice—produce su fruto sin mucho trabajo ó dolores. Lo mismo sucede en las naturalezas vegetativas que en las sensibles y racionales. Si la gallina se pone flaca para dar vida á sus huevos, si la perra sufre al parir sus hijitos, te aseguro que las plantas sufren al producir sus frutos...»

»Estaba en cierta ocasión en las islas del Sain-tonge; ví una viña más cargada de frutos que todas las demás; preguntando la causa, me contestaron que estaba cargada á punto de morir. Quise saber lo que esto quería decir, y entonces supe que se le



había dejado más ramas que de costumbre, porque se la quería arrancar del suelo después de hacer la cosecha: y que en otro caso no se habría permitido que estuviese tan cargada. Es decir, que si dejase á las viñas que hiciesen lo que quisieran, se matarían, á causa de la abundancia de los frutos que se esforzarían por producir... Muchas veces he contemplado árboles y plantas que se sentían próximos á morir, y que se apresuraban á florecer y á producir granos y frutos ántes del tiempo acostumbrado... Y ¿qué sería si me refiriera á los hombres?»

Más adelante contempla en su jardín «las ramas de las viñas, que parecen en consonancia con su débil naturaleza; pues no pudiendo sostenerse á sí mismas, echan unos como bracitos al aire, en los que se apoyan y suspenden... A veces también, al pasar por los jardines, veía muchas de aquellas ramas que no tenían en donde apoyarse, y lanzaban sus bracitos al aire, pensando que cogen algo en que sostenerse. Entonces iba á tenderles otras ramas para ayudar su debilidad; y habiéndolo hecho así una mañana, encontré por la tarde que las plantas habían entremezclado sus brazos con los apoyos. Y maravillado de la Providencia de Dios, recordaba aquella sentencia de que hasta los pájaros van y vienen, y no caen sin su voluntad...

«Vi también algunos árboles frutales, los cuales parecía que tenían algún conocimiento, porque cuidaban de guardar y proteger á sus frutos, como la mujer á su hijo. Entre aquellas plantas, las viñas se habían adherido ciertas hojas, con que cubrían sus frutos, temiendo que el frío los echase á perder. Los rosales y los groselleros, con objeto de defenderse contra los que quisieran arrebatárselos sus flo-

res, habían colocado delante armaduras y espinas. Vi el trigo y otros frutos, á los que el Omnipotente había dado la ciencia de vestir sus frutos tan bien, que Salomón con toda su sabiduría no estuvo nunca tan bien vestido. Todas estas cosas me daban ocasión para caer de rodillas y adorar al Sér de los seres, que ha hecho estas cosas para utilidad y servicio del hombre.

«La tierra sería bendecida si el hombre la trabajase.»

El alfarero llega hasta el lirismo, y el cántico del Profeta se mezcla con el trabajo de sus manos:

«No hay tesoro igual á las hierbecitas de los campos, aun las más despreciadas.»

Si la naturaleza que llamamos inanimada, por ignorancia sin duda ó por debilidad de vista, inspiraba á Palissy tales himnos, júzguese de las impresiones que le causaba la contemplación de los animales, de los campos y de las maravillas de la inteligencia del hombre.

«Cuando salía del jardín—dice—para ir á pasearme al prado, que bajaba por la ladera hasta el río, veía jugar y retozar á algunos carneros, corderos, ovejas, cabras y cabritos, que saltaban, triscaban y hacían gestos y figuras extrañas; y hasta me parecía tener gran placer en ver á los carneros, que se separaban uno de otro á largo trecho, y después iban á herirse con los cuernos uno contra otro. Veía también cabras que, alzándose sobre las dos patas de atrás, se golpeaban con los cuernos con gran violencia; veía también á los pollinitos y á los becerillos, que jugaban al lado de sus madres... Todas estas cosas me tenían tan contento, que exclamaba dentro de mí, que los hombres eran bien locos al despreciar los sitios campestres y el arte de



la agricultura, que nuestros antepasados, y hasta los profetas, ejercieron por sí mismos, y áun el guardar sus rebaños...»

## VIII.

¡Ah! Palissy estaba dentro de los muros y de los fosos de una prision, separado de su mujer por la tumba y de sus hijos por el cautiverio, de los horizontes del Sena por la proscripcion, del trabajo de su oficio por la vejez, de sus hermanos de religion por el martirio, cuando escribia esto, y se consolaba en su pensamiento de su ruina, de la prision y de su muerte cercana. Aquellas páginas esparcidas, por mucho tiempo dadas al olvido, por fin recogidas, forman dos volúmenes, verdaderos tesoros de sabiduría humana, de piedad divina, de genio eminente, de sencillez, de fuerza y de colorido de estilo. Es imposible, despues de haberlas leído, no proclamar á aquel pobre trabajador en arcilla uno de los más grandes escritores de la lengua francesa. Montaigne no le excede en libertad, ni J. J. Rousseau en vigor, ni la Fontaine en gracia, ni Bossuet en energía lírica. Sucña, medita, llora, escribe y canta como ellos.

Tocaba entónces á esas últimas horas de la vida en que la voz del alma toma más melancolía y solemnidad, como los rumores de la tarde en una naturaleza que va á extinguirse y callar. Su antiguo patrono se compadecia de aquel anciano, próximo á morir en las cadenas y á cambiar únicamente de sepulcro. El rey Enrique III fué á visitarle á su prision, deseoso de ponerle en libertad, concediéndole

perdon á trueque de una ligera condescendencia respecto de su fe.

—Buen hombre,—le dijo el Rey,—hace cuarenta y cinco años que estais al servicio de mi madre y al mio; hemos sufrido que hayais vivido en vuestra religion entre los fuegos y las matanzas. Ahora estoy tan apremiado por los de los Guisas y por mi pueblo, que me veo obligado á entregaros en manos de mis enemigos, y mañana sereis quemado si no os convertís.

El anciano se inclinó enternecido por la bondad del Rey, humillado de su debilidad, pero inalterable en la fe de sus padres.

—Señor,—contestó,—estoy pronto á dar el resto de mi vida por el honor de Dios. Me habeis dicho muchas veces que os compadeciais de mí, y yo á mi vez os tengo compasion á vos, que habeis pronunciado estas palabras: *¡Me veo obligado!* Eso no es hablar como rey, señor, y son palabras que ni vos, ni los Guisas, ni vuestro pueblo podrán jamás hacerme pronunciar. *¡Sé morir!*

Los cortesanos que acompañaban al Rey, en vez de admirarse, se indignaron.

—¡Insolente!—exclamaron;—parece que ha leído á Séneca, y que parodia las palabras del filósofo: «El que sabe morir, no puede ser obligado contra su voluntad.»

Enrique III, mejor que su corte, en consideracion de la hermosas obras de Palissy que adornaban sus palacios y en memoria de su madre, no consintió en cederle á los Guisas, y dejó á la vejez y á la naturaleza que concluyeran con el condenado. Espiró mártir voluntario, en los calabozos de la Bastilla, y no recobró su libertad sino con la muerte.

Su gloria pareció por mucho tiempo enterrada con



él; no fué exhumada del olvido con sus obras hasta el último siglo por Faujas de Saint-Fond, Fontenelle y Buffon, y en éste, por M. Cap, que recogió, clasificó y comentó sus obras; y en fin, muy recientemente, por un joven cuya alma é imaginacion se apasionaron por semejanza de naturaleza, por el arte, la poesía y el martirio de Palissy, M. Alfredo Dumesnil. Le debemos los materiales para la estatua de arcilla del alfarero.

Bernardo de Palissy es el modelo más perfecto del obrero. Por su ejemplo, más que por sus obras, ha influido en la civilizacion, y ha merecido un sitio aparte entre los hombres cuyos nombres han engrandecido á la humanidad. Si hubiese continuado desconocido y rutinario en el tejar de su padre haciendo tejas; si no hubiese nunca purificado, modelado, esmaltado su puñado de barro; si sus grupos sencillos, sus reptiles arrastrándose, su ranas húmedas, sus traviosos lagartos, sus hierbas y sus musgos empapados en lluvia no hubieran adornado nunca el fondo ó los bordes de los platos, de los saleros, de las vajillas, adornos tan extraños como minuciosos de las mesas y aparadores del siglo xvi, nada seguramente habria faltado al arte de Fidias y de Miguel Angel, á la porcelana de Sevres, de la China, de Florencia ó del Japon, pero habria faltado su vida á la admiracion y á la imitacion del obrero. Es el patriarca del taller, el poeta del trabajo manual de los tiempos nuevos; el alfarero de la Odisea, de la Biblia, del Evangelio; la parábola hecha hombre para ennoblecer y divinizar toda profesion, áun la más trivial, siempre que tenga al trabajo por mérito, al progreso y al arte por modelo, á Dios por fin.

## IX.

Tal fué Palissy. Hijo de sus propias obras, siente un genio en el extremo de sus dedos; no desprecia la tierra que rueda bajo sus piés; no mira con desden la vil materia que su condicion ha puesto en sus manos; estudia por purificarla y ennoblecerla, impregnándola en su alma; recorre el país con su paleta en la mano, ganando su vida honradamente de horno en horno; y cuando su profesion no tiene nada que enseñarle, va á las soledades á interrogar al maestro de los maestros, la naturaleza, robándole sus misterios; concibe hácia ella amor y entusiasmo, á fuerza de contemplarla; la iguala en sus formas, en sus colores, en sus juegos; traslada la hoja, la hierba, la mosea, el reptil, el insecto, el arroyo, el rocío, la humedad, la frescura, el barniz de la luz á un pedazo de tierra: buscando la perfeccion del arte, que se oculta siempre para ser descubierta, y que se niega para ser arrebatada, encuentra la miseria, la incredulidad y la burla de sus contemporáneos; se obstina, se encarniza, quema su casa para dar alimento á su último horno; violenta al genio de la invencion, manifiesta la locura de la esperanza, el heroísmo del trabajo; es recompensando, triunfa, se ilustra y enriquece á sus hijos. Pero estas recompensas terrestres, de que da gracias á la Providencia, no son nada para él; el obrero está satisfecho; el hombre no lo está; tiene sed de la belleza y de la gloria eternas. Lo que ha descubierto de más precioso en sus contemplaciones solitarias de la naturaleza, no es su arte, sino Dios, fin y objeto de todo arte perfecto. Escribe en sus ocios



sus maravillosas contemplaciones; da expansion á su inteligencia en los cánticos, obras de su piedad. mil veces más que sus vasijas, obra y juego de sus manos. Su alma se inspira, sin estudio y sin idioma, en un santo entusiasmo. Abraza con filial el culto entónces perseguido de sus hermanos; da su juventud por su oficio, da su casa por su vejez, su libertad, su vida por su Dios: se lanza desde su calabozo al cielo sobre las alas de la santa esperanza; deja en pos de sí obras maestras, sin duda fútiles, que parecen á los edificios de arcilla, de arena ó de concha que los niños dejan olvidados en el sitio en que han jugado con otros niños de su edad; pero deja elocuentes lecciones de inmortales ejemplos de trabajo, de paciencia, de lucha con los obstáculos, de victoria sobre la materia, de elevacion dulce, de piedad y de virtud á los artesanos de todos los oficios. Su vida quiere decir trabajo, su obras invenciones, su muerte martirio. Su libro es el catecismo, no sólo del oficio de alfarero, sino del oficio más sublime de bien decir, de bien obrar, de bien vivir; su nombre el patrono de los oficios trabajosos, obstinados y vencedores. Palissy conquista así legítimamente en la oscuridad un puesto entre los grandes hombres.

Algunos dirán: «Pero no manejó más que arcilla.»  
¿Qué importa? La grandeza no está en el oficio, sino en el carácter. Si este hombre es pequeño, ¿quién es grande?

FIN.

## ÍNDICE:

---

	Páginas.
Cristóbal Colon .....	4
Guttenberg .....	421
Jacquard .....	401
Benvenuto Cellini .....	201
Miguel Angel .....	287
Bernardo de Palissy .....	341

---

